

no he servido de tercero;
y porque en un mismo día,
para fiesta más dichosa,
vos recibais por esposa
á Leonor, y yo á su tía.

Marques. La merced os agradezco,
y á doña Clara le doy
el parabien.

D^a Clara. Cuanto soy
á vuestro servicio ofrezco.

Marques. Dalde la mano, García,
pues yo á Leonor se la doy.

D^a Clara. (A Leonor). Dá la mano.

(Danse las manos).

Leonor.

Vuestra soy.

D. Garc. [Ap. Perdí la esperanza mía:
¿qué remedio? Corazon,
á quien os ama estimad].
Vuestro soy. (A doña Clara.)
(Danse las manos).

D^a Clara. Mi voluntad
premia vuestra estimacion.

D. Felix. (Ap. Agora, tristes cuidados,
empezais cuando acabais).

Por muchos años tengais
gustos de recién casados.—

Y aquí, Senado, el autor
fin á la comedia dá,

porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.



TODO ES VENTURA.

PERSONAS.

TELLO, galan.
EL DUQUE ALBERTO,
galan.
D. ENRIQUE, galan.
EL MARQUES, galan.
MARCELO, criado del du-
que.
FABIO, criado del duque.

JULIO, criado del duque.
SANCHO, criado del Mar-
ques.
CASTRO, escudero de
Leonor.
UN ALGUACIL.
LEONOR, dama.*
BELISA, dama.

CELIA, criada
UN GALAN, que acaba
luego.
TRISTAN, gracioso, cria-
do de don Enrique.
UN PAJE.
GENTE.—ALGUACILES.

La escena es en Madrid, en Alcalá de Henáres y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Madrid.—Prado de San Gerónimo.

ESCENA I.

DON ENRIQUE, TELLO, TRISTAN.

D. Enriq. Tello.....

Tello. Señor.....

D. Enriq. Ya ha logrado
la fortuna su intencion,
pues mi larga pretension
me ha traído á tal estado,
que no puedo sustentar
los criados que sólia.

Tristan. Negocio que cada día
sucede en este lugar.

D. Enriq. [A Tello.] Grande es Madrid: muchos
con quien medres hallarás; (buenos
no puedes esperar más
ya de mí que ir siempre á menos.
Obligado estoy de tí;
conmigo te has de perder:
ningun bien te puedo hacer
como apartarte de mí.
Solo ya en mi compañía
quedaré agora Tristan,
y segun mis cosas van,
presto llegará su día.

Tristan. No llegará, vive Dios;
que aunque despedirme quieras
por pobre, donde tú mueras
hemos de morir los dos.

Tello. Sin razon me has despedido;
que tambien moriré yo,
si está en eso.

D. Enriq. No harás, no;
que eres tú menos sufrido.
Yo sé bien de qué manera
te fatigas, si algun día
falta el sustento.—¿Qué haria

[A Tristan.]

si en un año no lo hubiera,
como de mi pobre estado
es ya forzoso temello?
Tú te ves agora, Tello,
de ese vestido adornado:
no tienes más que esperar:
porque si roto lo ves,
no hallarás amo despues,
ni yo te lo podré dar.

Tello. Habréte de obedecer,
pues es mi fortuna escasa;
porque á "salte de mi casa"
no queda que responder.

D. Enriq. [Yéndose.] Lo que puedo asegurarte
es que si el cielo algun día
colma la esperanza mía,
tendrás en ella gran parte.

Tello. Guárdete Dios; que lo creo
de tí todo: y quiera amor
que con Belisa, señor,
logres tu justo deseo.

[Vase don Enrique.]

Tristan. Tello, adios.

Tello. Tristan, adios.

* En la comedia unas veces se la llama Leonora y otras Leonor.

Tristan. El sabe que voy sentido
de ver que haya dividido
la fortuna así á los dos. [Vase.]

ESCENA II.

TELLO.
¡Bueno habeis quedado, Tello,
sin amo y sin un real,
sumado tado el caudal
en un vestido y un cuello!
Amigo no lo teneis,
ni aun conocido en la corte;
pues si á dueño que os importe
entrar á servir quereis,
¿qué poderoso señor
para ello os ha de ayudar,
si en Madrid se ha de alcanzar
hasta el servir por favor?

ESCENA III.

LEONOR Y CELIA, con mantos, tapadas, Y UN
GALAN.—TELLO.

Tello. [Ap.] De un coche se han apeado
dos damas solas, á quien
quizá, como á mí, tambien
saca su tristeza al Prado.
Con ellas quiero un momento
mis desdichas olvidar;
mas no teniendo qué dar,
me falta el atrevimiento.—
ya se ha llegado á coger
otro la ocasion.

El Galan. El velo
que niega el hermoso cielo,
señora, habeis de correr;
que ninguna cosa es bella
entre la tiniebla obscura.

Leonor. Galan, ni tengo hermosura,
ni á vos os importa vella;
y la mayor cortesía
que hacerme agora podeis,
es que solas nos dejeis.

ESCENA IV.

DON ENRIQUE, TRISTAN.—DICHOS.

D. Enriq. [Hablando ap. con Tristan.]
En el talle y bizzarria
es ella.

Tristan. Como la noche
su manto empieza á tender,
no la puedo conocer;
mas puesto que partió el coche
de cas de Belisa, es llano
que es ella.

D. Enriq. Seguir la quiero.

Leonor. [Al Galan.] Ya os vais pasando al grosero
del limite cortesano.

Galan. No os espanteis; que yo os veo
tan constante en rehusar,
que habeis venido á trocar
en tema ya mi deseo.
Que estar tan endurecida
cuando yo por veros lucho
muestra que os importa mucho
no ser de mí conocida;
y eso mismo viene á ser
causa en mí de más porfia.

Perdonad si es grosería;
que os tengo de conocer.

Leonor. ¿Atreveisos por estar
tan solas?

Galan. Lo mismo fuera
si el mundo todo viniera
á querérmelo estorbar.

[Va á destaparla por fuerza.]

Leonor. ¡Villano! ¡Desvergonzado!

D. Enriq. Aquella es ya demasía.

Tristan. ¿Adónde vas? Que podria,
señor, haberte engañado
el pensamiento, y nó ser
Belisa.

D. Enriq. Aunque no lo sea,
soy noble, y basta que vea
injuriar una mujer.

Tristan. Hombre de poco dinero
no lo quisiera rijoso.

Galan. Acabad ya. ¿Qué enfadoso
resistir!

D. Enriq. [Acercándose al Galan y á Leonor.]
¡Ah caballero!

No es bien hecho descubrir
una dama á su despecho.

Galan. Cuanto yo hago es bien hecho,
y quien osare decir
lo contrario, miente.

[Sacan los dos caballeros las espadas y entráanse
riñendo.]

Leonor. ¡Ay Dios!

ESCENA VI.

LEONOR, CELIA.

Leonor. ¡Plega á Dios que á tiempo llegues
que le valga tu favor!

Celia. No hay cosa como un señor
por amante: no me niegues
que es gran gusto ser amada,
señora, de un hombre tal,
que pueda en un lance igual
hacer una señorada.

Leonor. Celia, si las voluntades
no mueve la inclinacion,
de poca importancia son
provechosas calidades.
De un hombre viviera yo
con gran gusto enamorada,
como el que ahora la espada
en mi defensa sacó.
¡Con qué bizarro ademan
y airosa resolucion
dió en un punto informacion
de valiente y de galan!

Celia. ¿Y conoceráslo?

Leonor. No;
que aunque la luz me ayudara,
para no verle la cara
la turbacion me bastó.

Celia. ¿Si alcanzase en un instante,
sin haberlo pretendido
éste, lo que no ha podido
el duque en siglos de amante?

Leonor. Calla, necia.

Celia. [Ap.] ¡Plega á Dios,
no conocido homicida,
que con una misma herida
no hayais muerto á más de dos! [Vanse.]

ESCENA VII.

UN ALGUACIL con GENTE, asido de TELLO;
luego EL DUQUE Y FABIO.

Tello. ¿No ha de valer la verdad?

Alguacil. ¡Eso es bueno!

Tello. ¡Santo cielo!

A vuestra justicia apelo.

[Salen el Duque y Fabio.]

Duque. (Al Alguacil.) Hidalgo.....

Alguacil. ¿Quién es?

Duque. Parado.

El duque Alberto.

Alguacil. Señor.

¿qué me manda vuesa lencia?

Celia. En esto pudo parar
un tan necio porfiar.

[Tello saca la espada.]

Tello. ¡Oh qué bien riñen los dos!

[Entrase Tello: cae dentro el Galan.]

Galan. [Dentro.] Muerto soy.

Celia. Presto pagó

su delito el desdichado.

Tristan. ¿No hubiera aquí otro criado

con quien me matara yo?

Leonor. Mirad por vos, caballero.

[A Tello ó á don Enrique, que vuelven á salir.]

D. Enriq. La noche me ha de ayudar.

[Vase, y Tristan con él.]

Tello. La justicia ha de llegar,

y al que topare primero

ha de ser el delincuente:

quiero quitarme de aquí. [Vase.]

Leonor. Ya la justicia ¡ay de mí!

ha acudido, y diligente

buscando va al homicida:

válgale la obscuridad.

¡Cielos! á un hombre ayudad

que me deja agradecida.

ESCENA V.

EL DUQUE.—LEONOR, CELIA.

Duque. Hermosa doña Leonor,
¿qué es esto?

Leonor. Sin duda el cielo

por fin de mi desconsuelo

os trajo agora, señor.

Un hombre aquí descortés

por fuerza verme queria

el rostro, y su demasía

otro, que nó sé quién es,

con la espada castigó;

y la justicia al momento

llegó, y va en su seguimiento.

Duque, la causa soy yo:

si es verdad que me estimais,

mostraldo agora, librad

á quien vida y libertad

arriesgó por quien amais.

Duque. ¿Por donde va?

Leonor. Hacia la calle

de Alcalá.

Duque. Tu amante soy,

No te afijas; que yo voy

bella Leonora, á librallo.

[Vase.]

Duque. ¿Qué es esto?

Alguacil. De una pendencia

llevo preso al agresor,
que en este punto en el Prado
una muerte ha cometido.

Tello. Favor, gran señor, os pido;
que el alguacil se ha engañado.

Alguacil. Mirad si es causa bastante
ver que apriesa se apartaba
del lugar en que dejaba
hecho un daño semejante,
y hallar cuando le alcancé
que lleva, señor, la espada,
como veis, desenvainada.

Tello. A poner paz la saqué.

Alguacil. Pues, ¿por qué ibades huyendo,
si decis verdad, de mí,
sin culpa?

Tello. Porque temí
lo que me está sucediendo.

Duque. (Al Alguacil.) Aunque en este caso veo
que tenéis bastante indicio
para ejercer vuestro oficio
justamente, también creo
que está sin culpa este hidalgo;
mas que esté inocente ó nó,
ya estoy de por medio yo,
y si puedo con vos algo,
le habeis de dar libertad.

Alguacil. Vueselencia manda cosa,
no solo dificultosa,
pero imposible.

Duque. Acabad;
que por mí lo habeis de hacer,
por más que imposible sea.

Alguacil. Señor, vueselencia vea
que será echarme á perder.

Duque. A ser vuestro defensor
me obligo,

Alguacil. ¿Un necio fiara
en eso, y aventurara
quietud, hacienda y honor!

Duque. Acabad pues; lo que os pido
haced ya: dejad el preso,
y advertid que renego á eso
resuelto, si comedido;
que me lo ha mandado así
quien puede; y puesto que ya
lo intenté, fuerza será
acabar lo que emprendí.

Alguacil. En fin ¿viene vueselencia
determinado?

Duque. Si el suelo
pidiese rayos al cielo
con que hacerme resistencia,
le ha de valer mi favor.

Alguacil. Pues menor inconveniente
es librar un delincuente
que indignar á un gran señor.—
Dejadle.

[Los que rodeaban á Tello le dan paso y se van.]

Su espada es esta. (Se la da.)

Duque. Sois cortesano y discreto,
y que no os pese os prometo,
si cuanto tengo me cuesta.

Y responded si la fama,
culpare este desconcierto,
que os lo mandó el duque Alberto,
y al duque Alberto una dama.

Alguacil. Mostrais vuestro gran valor. (Vase.)

Duque. Tú, Fabio, volando lleva
á mi Leonora esta nueva.

Fabio. Alas me dará tu amor. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, TELLO.

Tello. Las plantas besaros quiero.

Duque. Levantad, por vida mía;
que el valor y cortesía
dicen que sois caballero.
Dadme esos brazos, en quien
tiene el pecho aprisionado
el valor que hoy han mostrado.

Tello. Aunque me estuviera bien
ser yo el autor de la hazaña
por quien pretendéis honrarme
y á esos brazos levantarme,
por Dios, señor, que se engaña
vuestra excelencia en pensar
que yo le maté.

Duque. Eso sí,
yo quiero el valiente así,
que sepa hacer y callar.
Solos estamos: mirad
que mi amistad ofendeis,
y por más que lo negueis,
sé que es esta la verdad.
Y así pretendo saber
quién sois; que un amigo quiere
daros en mí verdadero.

Tello. (Ap. ¿Al fin tengo yo de ser
valiente por fuerza? Sí,
vaya: ¿qué puedo arresgar?
Quizá me viene á buscar
la fortuna por aquí.)
Tened por cierto, señor,
que puede en mi pensamiento
más que el más grave tormento
la fé de vuestro valor;
que de un verdugo, hasta dar
el alma, pedazos hecho,
supiera callar mi pecho
lo que me haceis confesar.—
Fernán Tello de Menéscas,
excelso duque, es mi nombre,
Cádiz mi patria, mis padres,
tanto como hidalgos, pobres.
Luego que la juventud
me ciñó al lado el estoque,
fui soldado de la flota
que los indios mares corre.

Tres veces de Nueva España
pisé los preñados montes,
cuyos partos enriquecen
de plata los españoles;
y nunca de sus tesoros
vi que una parte me toque;
que también van á las Indias
las desdichas con los hombres.

Con esto determiné
mudar de mi vida el orden;
que en largas enfermedades
se han de mudar las regiones.

Á Madrid vine buscando
la fortuna; conocíome
un indiano caballero
que está aquí en sus pretensiones;
y supuesto que no pierden
de su calidad los nobles
en servir, y que no tuve
otro remedio en la corte,
entré á servirle há seis meses,
y él esta tarde sacóme
triste hácia el Prado, y en él
me dijo en breves razones
lo mismo que yo sabía,
y es que ya se ve tan pobre,
que es fuerza que de los gastos
lo más que pudiere acorte.
Quedé sin amo y sin gusto,

cuando al venir de la noche,
de un coche al Prado salieron
dos damas solas: llegóse
un importuno galán,
y entre promesas y amores
hizo fuerza en descubrirlas
hasta que el manto les rompe,
hasta que le llaman necio,
hasta que rifien á voces,
hasta que en efeto falta
la paciencia á quien las oye;
que el ver damas ofendidas
y descomedido un hombre
el castigo apresuró
del poco dichoso jóven
á quien, como dí la muerte
con tan justa causa entónces;
le diera la vida agora,
pues él hizo que yo goce
de haceros aquel servicio
y alcanzar estos favores.

Duque. ¿De modo que habiendo visto
que estimé aquella desorden,
lo negáades? ¿Qué bien
vuestro valor se conoce!
En vos, Tello, no han entrado
las costumbres de la corte;
que en ella los lisonjeros
que cercan á los señores,
diciendo lo que no hacen,
en obligacion los ponen;
y vos negais lo que haceis,
prueba de valiente y noble.

Tello. Vos me honrais como quien sois.

Duque. Levantad, y si en la corte
habeis de servir, haced
lo que la suerte dispone,
pues estos sucesos quieren
que á mí ese cargo me toque.

Tello. Dadme la mano por quien
soy dichoso.

Duque. Gentilhombre
sois de mi cámara, Tello.

Tello. El cielo esos años logré.

Duque. Esto es comenzar: mercedes
esperad de mí mayores. (Vase.)

Tello. Prosigue lo que comienzas
y acaba lo que dispones,
fortuna, pues por tu gusto
dan este giro tus orbes. [Vase.]

Claustro del convento de la Vitoria.

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, TRISTAN.

Tristan. Ni ellas supieron quién eras,
ni tú quién eran supiste;
solo en el difunto triste
no fueron tus obras huertas.
¿Sabes qué me ha parecido?
que en este caso presente
lo mismo que al maldiciente
poeta te ha sucedido;

D. Enriq. Di cómo.

Tristan. Que porque huya
de la sátira la pena,
por más que le salga buena,
no puede decir que es suya;
y despues que la memoria
y entendimiento ha cansado,
se queda con el pecado,
y no se lleva la gloria.
Pues el mismo lance echaste;
pusiste á riesgo la vida,
fuiste de un hombre homicida,
y á nadie en ello obligaste.

D. Enriq. Como el coche se partió
de cas de Belisa, fué
con razon si me engañé:
ella la causa me dió;
pero ¿qué bien por Belisa
pudo venirme?

Tristan. Esta vez
de que fueras mal juez
lo sucedido me avisa;
pues fuera sentencia aguda
que si estaba tu querella
en duda de si era ella,
á él lo matases en duda.
Mas con incierta ocasion
hacerle tan cierta injuria,
mas fué enamorada furia,
que justa resolucion.

D. Enriq. En lugar de consolar,
¿es bueno, Tristan, reñir?

Tristan. Siempre ha sido el advertir
el santelmo del errar.
Mas dime, ¿caso has sabido
¿quién era el muerto?

D. Enriq. Yo infero,
Tristan, que era forastero,
de que no era conocido.

Tristan. Al punto lo vi, señor.

D. Enriq. Pues ¿en qué?

Tristan. En que fué vencido;
que á ser en Madrid nacido,
supiera reñir mejor.

D. Enriq. ¡Pobre mozo! No pensé
matarle.

Tristan. Como á la herida
no tomaste la medida,
vínole muy grande.

D. Enriq. Á fe
que estás de gracia.

Tristan. Yo vi
que no eran al pelear
tus intentos de matar,
mas tus estocadas sí.
¿Sabes lo del vizcaíno?

D. Enriq. Dilo, pues lo has comenzado.

Tristan. Tomó un arcabuz cargado
y apuntóle á un su vecino.
Dijo el otro, dando un grito:
"Mira que me matarás;"
y él respondió: "Queda estás;
que yo tirarás quedito."

D. Enriq. ¿Bozal vizcaíno!
Tristan. Creo,
señor, que no era bozal.

D. Enriq. ¿Sino qué?

Tristan. Que estaba mal
con su vecino; que veo
muchos desta condicion.
Mas segun lo que imagino,
si él mismo no dá ocasion,
nadie tendrá mal vecino
si él mismo no dá ocasion.
Vivir bien engendra amor;
el pecado se aborrece.
Pero ¿qué es esto? parece
que doy en predicador.
El marques viene.

ESCENA X.

EL MARQUES, SANCHO.—DICHOS.

Marques. Pariente.....

D. Enriq. Señor.....

Marques. ¿Qué habeis cometido,
que os tiene aquí retraido?

D. Enriq. La desdicha es delincuente,
y conociendo la mia,
temo sin estar culpado.

Marques. Decidme el caso.

D. Enriq. En el Prado

ina hallé, señor, aquel dia,
habrá cuatro, que á un mozuelo
dieron muerte desdichada.
Saqué en la cuestion la espada,
y así con razon recelo,
(como al punto, apresurado
huyó el agresor de allí)
que alguno me culpe á mí,
malicioso ó engañado;
que las tinieblas obseuras
á confundir comenzaban
las cosas, y no dejaban
yá discernir las figuras.
Por esto en este convento
estoy, marques, retirado;
por esto os he suplicado
que me veais, con intento
de encargaros que sepais
por medio de algun amigo
si indicio, fama ó testigo
hay contra mí.

Marques. Libre estais.

No paseis mas adelante.

D. Enriq. Pues, ¿cómo sabeis, señor,
que lo estoy?

Marques. Al matador
prendieron al mismo instante,
y al alguacil lo quitó
el duque Alberto, por ser
gustó de cierta mujer
que causa á la muerte dió.

D. Enriq. Besaros quiero los piés
por la nueva que me dais.

Marques. Pues segun eso ignorais
lo que ha pasado despues.

D. Enriq. Y me holgaré de sabello.

Marques. El caso se publicó,
y á su majestad le dió
el alguacil cuenta dello;
y el rey le dijo: "Á los dos
todos os disculparán;
que el duque anduvo galan,
y anduvisteis cuerdo vos."

D. Enriq. Tal sentencia de tal seso.

Marques. Solo averiguar mandó
quién fué la que le obligó
al duque Alberto al esceso;
y sabiéndose, no dudo
sino que lo pase mal.

D. Enriq. Mujer será principal
quien al duque obligar pudo.

Marques. ¡Plegá á Dios no venga á ser
la que pienso!

D. Enriq. Pues señor,
¿os toca?

Marques. Ya en mi temor
lo podeis echar de ver.
Venid conmigo; que es bien
que me aconseje con vos;
pues sois mi deudo.

Tristan. Por Dios,
que aunque nos está tan bien,
la nueva que le ha traído
á mi amo vueseñoría,
me pesa á mí, que vivia
con gran gusto retraido.

Marques. ¿Gusto puede haber aquí
como tener libertad?

Tristan. Si va á decir la verdad
otro hay mayor para mí.

Marques. ¿Cuál?

Tristan. Comer.

D. Enriq. Necio, ¿comienza
tu desvergüenza á afrentarme?

Tristan. Comienza, por no dejarme
acabar de tu vergüenza:
Si á un marques deudo y amigo
niegas tus necesidades,
¿qué aguardas? ¿Te persuades
que habrá milagro contigo?
Señor, esta es la verdad:
despues que está retraido
en la Vitoria ha vivido,
con la mucha caridad
destos padres, en la gloria;
y sin duda que por eso
pusieron el *Buen-Suceso*
tan cerca de la *Vitoria*.
Y así es grande impertinencia
irnos de aquí; que ha de ser
forzoso para comer
mendigar otra pendencia.

Marques. Corrido, por Dios, estoy.
Don Enrique, ni mostrais
que por noble me estimais,
ni que vuestro deudo soy.

D. Enriq. Ved, señor, que ha grageado
Tristan, que es un hablador.

Tristan. No tiene ya mi señor,
de pobre, mas que un criado,
y ese sirve de bufon;